

que amenaza invadirlo todo, es el único pensamiento que preside á todos los movimientos de la política europea. Siempre que el gran rey emprende aumentar sus posesiones, la Europa entera se arma contra él. Esas coaliciones generales revelan á la Francia el secreto de su fuerza, y le enseñan que nada tiene que temer de esas ligas tratadas por la Europa celosa. Las grandes batallas que tuvo que dar en cada una de estas circunstancias sirven aun para extender su influencia; porque sus soldados van por todas partes á llevar sus costumbres, sus leyes, sus artes y conocimientos, y el extranjero, admirado de su gloria, se complace en imitar su civilización.

§ I. Desde el advenimiento de Luis XIV hasta la muerte de Mazarino (1643-1661).

La regencia y Mazarino (1643-1647). Luis XIV tenía solamente catorce años cuando sucedió á su padre, y tuvo por regenta á su madre Ana de Austria. La corte, humillada por el gran poder de Richelieu, tomó de nuevo exterioridades de independencia y de orgullo, cuando vió al frente del gobierno á una mujer y á un niño. Los grandes principiaron entonces á engreirse de cierta superioridad que les valió el epíteto de *importantes*. La reina, en medio de estas pequeñas asociaciones de intrigantes, cometió la falta de iniciar el parlamento en los negocios políticos, sometiéndole el testamento de Luis XIII para anularlo. Es verdad que por este acto hizo absoluta su autoridad librándola de todos los obstáculos que la prudencia del monarca espirante le habia impuesto; pero por otra parte dió motivo de creer á este tribunal de justicia que tenia todos los derechos de una asamblea representativa de la nacion, y luego veremos que esta desmedida pretension llegó á ser la causa de una guerra civil.

Ana fue mejor inspirada fijando la vista en el cardenal Mazarino para nombrarle primer ministro. Este era un hombre de gran talento y de una destreza admirable. Supo triunfar de todos sus enemigos, de los del rey y de la reina, y coronó su carrera diplomática con el tratado de Westfalia y el de los Pirineos, los cuales aseguraron á la Francia su preponderancia en Europa. La trama de los *importantes* no tuvo al principio bastante perspicacia para presentir hasta

dónde iria la influencia del ministro italiano. Le dió tiempo para asegurarse, y cuando quiso echarle abajo, se derribó á sí misma (1643). Sus gefes fueron dispersados por todas partes, y durante cuatro años la Francia, feliz y tranquila, no hizo mas que celebrar las brillantes victorias del príncipe de Condé en Friburgo y Nordlinga.

La Fronda (4) (1647). Con todo Mazarino no consiguió hacerse amar. Los principes y los grandes le detestaban, porque no querian obedecer á un extranjero; el parlamento se oponia á su poder tiránico, y el pueblo le imputaba las contribuciones onerosas que lo arruinaban. Los descontentos se coaligaron y tomaron el sin saber porqué nombre de honderos ó censuradores, *frondeurs*. Su gefe era Paulo de Gondi, coadjutor del arzobispo de Paris y que llegó á ser cardenal de Retz. Este hombre intrigante, á quien su nacimiento le habia obligado á consagrarse á la Iglesia, tenia, como él mismo lo dijo, *el alma menos eclesiástica que existia en el universo*. A la edad de diez y siete años escribió con entusiasmo la historia de la conjuracion de Fiesque, y su imaginacion, exaltada por los recuerdos de la antigua Roma, le representaba á los Gracos como sus dueños y modelos. Entre los honderos y los partidarios de Mazarino el genio conciliador y enérgico de Mateo Molé formó un tercer partido, que llamaban los *mitigados*. Su laudable designio era el prevenir la guerra á mano armada, atemperando el ardor de los facciosos. Pero los honderos estaban animados de un fanatismo tal, que era imposible calmarlos. La Fronda llegó á ser una palabra de moda. *Nada era bello ni bueno, si no pertenecia á la Fronda. Las telas, cintas, encajes, espadas, mercancías de todas clases, hasta el pan, todo era de la Fronda. Para expresar la hombría de bien de uno, no habia expresion mas enérgica que la de buen hondero.*

Guerra civil (1647-1653). La revolucion estalló en el momento mismo en que se cantaba un *Te Deum* en la iglesia de Nuestra Señora para dar gracias por la victoria de Lens.

(4) La Honda.

Mazarino pensó que la ocasión era favorable para poner presos á dos miembros del parlamento, Blancmenil y Broussel, ese viejo consejero imbécil que el pueblo adoraba á causa de su despego y de su cabellera blanca. Entonces la plebe se amotinó, una criada perora á la puerta de su casa, todos toman las armas exclamando: ¡ *Broussel y la libertad!* y en menos de dos horas Paris se cubre de barricadas que guarnecen con banderas y con las armas que la Liga ha dejado íntegras. El cardenal de Retz habia sido el autor de esta jornada. La regenta se vió obligada á devolver al parlamento sus consejeros, á privar á los intendentes de sus empleos; y á pesar de todas estas concésiones, le fue preciso salir de Paris para irse á San German, en donde se acostó sobre la paja con su hijo el jóven rey. El parlamento de Francia siguió el ejemplo del de Inglaterra, el cual obligó á la desgraciada Enriqueta, hija de Enrique IV y esposa de Carlos I, á repasar el estrecho para venir á Paris, en donde permanecia acostada en el invierno por falta de leña para calentarse.

Condé se compadeció de la familia real, y con 8,000 hombres comenzó la guerra contra los Parisienses. Esta guerra de la Fronda fue mas bien un juego de niños, como el nombre lo indica, que una verdadera lucha. Nada era serio: los sitiadores se reian de las evoluciones de los sitiados; los epigramas y los folletos hicieron casi todos los gastos. El cardenal de Retz habia equipado por su cuenta un regimiento, llamado de *Corinto*, aludiendo al título eclesiástico de que el arzobispo estaba revestido. Habiéndose estrenado este regimiento por una derrota, se le llamó *la primera de los Corintios*. Veinte miembros del parlamento se reunieron para armar un cuerpo de 15,000 hombres; por este motivo los llamaron los *Quince Veintes*. El duque de Beaufort, jefe de los honderos, era llamado por los partidarios de la regenta *rey de los mercados*, y representaron un dia al príncipe de Conti, su generalísimo, bajo la figura de un enano giboso, armado de piés á cabeza. Los honderos por su parte multiplicaban las canciones, las sátiras y los epigramas, y acogian con risas y burlas á sus propios partidarios, cuando volvian á Paris humillados por

un nuevo descalabro. En fin, todo era tan extravagante, tan extraño y pueril en esta lucha, que el gran Condé queria que la escribiesen en versos burlescos, intitulándola el mismo *la guerra de los orinales*.

Arresto de los principes (1649). El vencedor de Rocroi consiguió fácilmente que el rey volviese á entrar en Paris. Hasta entonces desempeñó un papel magnífico. Siempre despreció á Mazarino; pero cuando se quiso arrastrarle á la rebelion, hizo esta elegante respuesta: *Me llamo Luis de Borbon, y no quiero trastornar el Estado*. En la infatuacion del éxito, olvidó desgraciadamente esta generosa resolucion. No simpatizando su carácter ardiente ni con los honderos ni con Mazarino, se creó un partido entre los jóvenes señores de su edad, con el fin de dar la ley á todos; pero se mostró tan arrogante y desdeñoso que se enajenó todas las simpatias. El pueblo habia dado el nombre de *petimetres* á sus partidarios, y cuando la corte le hizo arrestar para encerrarle en la fortaleza de Vincennes, hicieron hogueras para celebrarlo. Su madre se quejó al parlamento, mientras que su mujer sublevó en su nombre á Burdeos y las ciudades del Mediodia. La regenta, asustada por las reclamaciones universales que le habian dirigido de todos los puntos de Francia, devolvió la libertad al vencedor de Rocroi, de Friburgo y de Nordlinga (1651).

Mazarino perdió el favor, y se vió obligado á alejarse de la corte. Condé entró en Paris en medio de las aclamaciones de un populacho que en otra época habia aplaudido su arresto. Los chismes de los honderos le obligaron á su vez á abandonar la capital, y fue á sublevar la Guyena, el Poitou y el Anjou, y se unió á los Españoles. Mazarino fue llamado entonces, y entró en Francia con 7,000 hombres. El parlamento se atrevió á poner su cabeza á precio y á ofrecer 50,000 escudos á su asesino. Los Marigny y los Blot divertieron al pueblo con este nuevo escándalo; pero la posicion no era por eso menos crítica.

Triunfo del rey (1652-1653). El cardenal recurrió al genio de Turena, quien despues de haber combatido á las órdenes

de Condé, ofreció sus talentos militares al extranjero. Este gran capitán, vuelto á su deber despues de su derrota de Rethel, tomó el mando de las tropas reales, salvó al ejército que el mariscal de Hocquincourt habia comprometido en Blenau, y rivalizó en habilidad con Condé en el arrabal de San Antonio (1652). Despues de este combate dudoso, el pueblo, cansado de todas estas guerras, recibió á Luis XIV en Paris con entusiasmo, y al año siguiente festejó al mismo Mazarino (1653). Todos los honderos se apresuraron á ir á las antecámaras del cardenal-ministro, el parlamento estaba á sus piés, y se consideraba vencido. Solo quedaba Condé por someter; se le condenó por contumaz.

Guerra contra la España (1653-1659). Esta condena no se realizó, porque despues del regreso definitivo de Mazarino, Condé se habia adherido al partido español. Durante los tumultos de la Fronda, la Francia perdió muchas plazas importantes, y la presencia de Condé en el campo enemigo inspiraba graves inquietudes. Turena le venció en Arras; pero hizo tan buena retirada, que Felipe IV le escribió: *He sabido que todo estaba perdido, y que lo habeis conservado todo*. Mazarino se alió en este momento con Cromwell, á quien llamaba en sus cartas obsequiosas *el hombre mas grande del mundo*. Los Ingleses quemaron los galeones de España cerca de las islas Canarias, armaron á Dunkerque, y enviaron 6,000 hombres de tropas frescas á Turena. Con este socorro ganó la batalla de Dunes, que decidió la paz de los Pirineos (1658).

Tratado de los Pirineos (1659). Luis de Haro y Mazarino conferenciaron en la isla de los Faisanes, y despues de muchas negociaciones engañosas, se convino en que la Francia añadiría á sus posesiones Gravelinas, Landrecy, Thionville y Montmedy, y que Luis XIV se casaría con la infanta de España que llevaría 500,000 escudos de dote, los que nunca se pagaron. Esto era procurarse derechos sobre la España para el porvenir, y dícese que el astuto cardenal previó de antemano las consecuencias de esta alianza. Condé entró en favor con su rey, y se le devolvieron todos sus honores y títulos.

Muerte de Mazarino (1661). Desde entonces Mazarino se

hizo ostentoso y arrogante. Era preferido al gran Condé, y no reconocía á nadie capaz de resistirse á sus voluntades. Luis XIV suspiraba ya por su libertad, cuando la muerte le libró del dueño incómodo que le sujetaba Mazarino, buen político pero mal administrador, dejaba á la Francia agotada en el interior, aunque gloriosa en el exterior. Enriqueció á su familia y á sí mismo á fuerza de rapiñas; pero antes de su muerte hizo al rey una donación de todos sus bienes, y pensó satisfacer sus deudas para con la Francia dándole á Colbert.

§ II. Desde la muerte de Mazarino hasta la paz de Aquisgran (1661-1668).

Poder absoluto del rey. Despues de la muerte de Mazarino, todos los oficiales de la corte vinieron á decir á Luis XIV: *¿A quién nos dirigiremos en adelante? A mí*, les respondió. Esta palabra revelaba el carácter de absolutismo que iba á tomar la dignidad real. En efecto, nada habia ya que fuese capaz de limitar el poder del monarca. La nobleza estaba derribada; el parlamento aniquilado desde el día en que Luis XIV se presentó en su recinto con un traje de cazador, botas gruesas y un látigo en la mano para prohibirle sus asambleas; el pueblo no tenia todavía bastante consistencia para apostárselas á un poder establecido tan sólidamente como el de la dignidad real. El joven rey podía pues decir con verdad y sin énfasis: *El Estado soy yo*.

Grandeza de la Francia (1661-1667). No obstante Luis XIV probó que el poder absoluto, cuando se encuentra en una mano firme y hábil, produce la grandeza y la gloria de las naciones. Jamás la Francia fue tan brillante en el exterior y tan dichosa en el interior como en esta época. Cada uno de los actos de su soberano contribuyó magníficamente á su fuerza y á su elevación. Habiéndose adelantado el embajador de España en Lóndres al embajador de Francia, Luis XIV obligó á Felipe IV á hacerle reparación, y se decidió que los